

Desastre inminente

Me apasionaba deshacer moños del peinado y de los mandiles de las niñas de mi colegio. Luis Eduardo y yo aprovechábamos la hora del recreo para efectuar nuestras travesuras. Ver como se enfadaban las niñas era divertido, pero no puedes imaginarte la terrible experiencia que me ocurrió ese día.

Solo quedaba en mi lista de pendientes el nombre de Mónica. Ella pocas veces iba al patio de recreo pues prefería observar las flores, las abejas y los escarabajos en las jardineras de la escuela, justo en el camino al patio de recreo.

Ese día salí tarde al recreo y justo allí estaba. ¡En las jardineras! “Je je, a Luis Eduardo le va a dar envidia mi proeza, ¡esta es mi oportunidad!” me dije a mi mismo.

Me acerque sigilosamente como un gato, sin hacer el más mínimo ruido. Agarré las dos tiras de los moños de su peinado y les di un tirón fuerte. En abrir y cerrar de ojos, los moños se fueron deshaciendo y oí un delicioso y delicado sonido que llené mis oídos. Con una gran sonrisa de felicidad, alcé los brazos en señal de triunfo con los listones en mis manos. Sentí como si fuera todo un campeón de mundo.

Entonces todo quedó en silencio. Ni escuché nada, ni la vi levantarse. Solo me vi girando hacia atrás, cayendo casi en cámara lenta después de recibir un fuerte, poderoso y cruel puñetazo en la quijada.

La banca del jardín detuvo mi caída, pegué mi mentón con una fuerza tremenda y me desmayé.

Mi pobre mentón se llevó la peor parte. Se abrió de lado a lado, entraba un dolor inolvidable y sangró tanto que se formó un río de sangre en mi camisa blanca.

La maestra llegó, me ayudo a levantarme y me llevó a la oficina para darme los primeros auxilios. Después mi mamá llegó con prisa, nos subimos el carro y me quedé atrás para descansar un ratito. Ligerito nos fuimos al hospital para que me curaran. Allí me cocieron 6 veces, ellos me dieron crema para limpiar la corteza y me pusieron un parche enorme casi del tamaño de mi mano.

Me quedé 2 días en casa recuperando. Cuando regresé a clases, entré con la cabeza sumida en mis hombros, lleno de vergüenza, pero sobre todo de temor: las burlas que me esperaban por lo sucedido, imaginarlo era doloroso, espantoso y horrible. Todos me miraban en silencio haciéndose a un lado para dejarme pasar. Sentí una pena tremenda. Mi corazón latía bastante, casi no pude respirar y estaba sudando cubetas de agua.

Este día, aprendí que quitar moños a las niñas después de todo no era tan divertido como pensé que iba hacer. Fue algo inesperado, cruel y muy peligroso. Aprendí no jugar con personas peligrosas y desconocidas, aunque se parecen tan débil. Uno no sabe. Por lo que, desde entonces, juego soccer con mis amigos.

